



RESISTENCIAS Y ANSIEDADES ANTE LOS ORDENADORES O EL NUEVO LUDDISMO POSFORDISTA

Rafael de Francisco López

Sociólogo, especialista en Psicología Social

Hace casi dos siglos, en 1811, un tejedor inglés, Ned Ludd, lideraba un potentísimo y violento movimiento de protesta contra los nuevos telares mecánicos en la comarca textil de Nottingham. El Parlamento no sólo movilizó un poderoso ejército de 12.000 hombres, superior al que Wellington había utilizado en 1808 en su campaña inicial contra Napoleón en España (Hobsbawm, 1979), sino que en 1812 aplicó la pena capital, ahorcando a 18 tejedores acusados de inutilizar o destruir maquinaria.

Este antimquinismo industrial-textil, que ya había tenido sus primeras manifestaciones en versión agrícola a principio del setecientos, duró en Inglaterra y Gales aproximadamente hasta 1830, teniendo su reproducción en España a partir de 1821 (Alcoy) y 1823 (Camprodón y Segovia) para continuar hasta la década de los cincuenta con el recrudecimiento de las resistencias de los hiladores catalanes –presente ya en 1844– ante la implantación masiva de selfactinas en 1854 (Vives, 1961. Jutglar, 1963).

En ese periodo de más de treinta años y aunque las “bullangas” y amotinamientos populares presentan en repetidas ocasiones episodios anti-maquínicos, como fueron los que dieron lugar al incendio de la emblemática fábrica de Bonaplata de la calle Tallers de Barcelona en agosto de 1835, la máquina no era el objetivo central. Esta agresividad ante la máquina, hay que saber leerla más allá de la misma, como lo intentó en sus artículos críticos el fourierista gaditano Joaquín Abreu (1782-1851), bajo el seudónimo de “Proletario” en el periódico de Algeciras “El Grito de Carteya” y en “El Vapor” de Barcelona en 1835 (Lida, 1972, Elorza, 1975).

Frente a la severa reacción gubernamental –se fusilaron cuatro obreros– y las durísimas críticas de los fabricantes, Abreu-“Proletario”, señala como causa de los disturbios, la desesperación de la masa de trabajadores en paro, remitiendo la comprensión del problema al deterioro de las condiciones de trabajo y vida en la Barcelona de la época. Piénsese por ejemplo en el mencionado conflicto de las selfactinas, que atraviesa la historia de la conflictividad textil catalana desde la década de los treinta hasta casi 1860. La importación de hiladoras mecánicas o selfactinas, suponía no sólo el paro para miles de hiladores tradicionales que ya no eran necesarios, sino que en el caso catalán suponía, la trituración de un oficio y de una maquinaria considerada material y psicológicamente como propia, como sería el caso de la “bergadana”.

La bergadana o “maixerina” era una hiladora semiautomática que mejoraba sensiblemente las prestaciones de las “spining jenny”, introducidas en Cataluña alrededor de 1773 (Jutglar, 1963). Esta bergadana era un producto del saber artesano catalán y parece que fue inventada (según Guillermo Graell, 1911) por un hilador de Berga llamado Ramón Farguell al que apodaban “Maixeri” (Soldevilla, 1995). Era por lo tanto una máquina que, aparte su funcionalidad técnica, representaba material y simbólicamente los valores y saberes de un oficio. La incorporación de selfactinas, sustituyendo a la bergadana no sólo arrojaba al paro a miles de hiladores sino que trituraba toda una cultura profesional. Este acontecimiento en el que se entrecruza agravamiento de las condiciones de trabajo o simplemente su evaporación –al quedarse en paro–, se une al hundimiento de la autoesti-



ma y la quiebra de un saber hacer profesional que la nueva tecnología arrincona en los museos tecnológicos. El resultado es repetido a lo largo de la historia social europea y española: trituración de las culturas obreras del oficio y trituración psicológica y emocional del trabajador.

En años posteriores, el eje central de la conflictividad obrera desplazaría a la máquina de su horizonte reivindicativo directo, para concentrarse en la lucha por la consecución de los derechos sindicales y políticos. Hacia finales de siglo, cuando el movimiento obrero español se va consolidando, aparecerá de nuevo la máquina, pero ya no como objeto de aniquilamiento, sino como territorio de control y de racionalización, exigiendo una normativa de adecuación y de prevención que actúe sobre las condiciones de trabajo y sobre la accidentabilidad. La Comisión de Reformas Sociales (1883) y las Leyes Dato (1900) podrían considerarse como uno de los resultados de esta nueva sensibilidad ante la máquina, inauguradora posiblemente del entrecortado y lento camino del taylorismo español.

Sin embargo, las confrontaciones y polémicas anti-maquínicas no han acabado todavía. La satanización de la tecnología, la máquina, el progreso y la ciudad, formarían una gavilla de meta-significantes utilizada por los escritores del 98 para reconstruir la arquitectura de “hojas secas” y crepúsculos pastoriles del tradicionalismo, curiosamente criticada por un verdadero tradicionalista como Ramiro de Maeztu en un vitriólico artículo en “Alma Española” en 1903 (Cano Ballesta, 1999). Únicamente la lucidez de Ortega, recompone este panorama para proclamar en su “Meditación de la Técnica (1933, 1939) que sin el progreso técnico el hombre “no existiría ni habría existido nunca” (Alianza, 1995 p. 13).

Paradójicamente serán tanto el falangismo joseantoniano, de la pluma de sus poetas oficiales Pemán y Agustín de Foxá, como en el ruralismo jonsista castellano –a diferencia de los otros fascismos europeos– el que va a desarrollar un furibundo imaginario anti-tecnológico (“Poema de la Bestia y el Ángel”, 1938. “El Almendro y la Espada”, 1940) que por lo menos nos debería servir para reflexio-

nar sobre lo arriesgado, que resulta suponer que toda lectura anti-tecnológica o anti-maquínica pueda por si sola ser progresista.

Probablemente, se pueda llegar a comprender mejor lo que supone la ciudad moderna y las contradicciones y corrosiones de los avances tecnológicos en los “Passagen-Werk” de Walter Benjamin que en “Camino de Perfección” de Pío Baroja.

Sirven estas desgranadas reflexiones históricas, por lo menos, como llamada a la prudencia cuando nos adentramos en la comprensión de las corrosiones físicas y emocionales que quebrantan la salud de los trabajadores. Esta cautela, será aún más necesaria cuando nos encontremos con ese conjunto de malestares y sufrimientos, traídos y llevados en esa semiótica del etiquetaje que son los DSM, que van, de las inseguridades más elementales hasta las corrosiones del carácter (Sennett, 1999) o de la mis-midad. Depresiones, ansiedades, fatigas emocionales, desajustes psicossomáticos derivados de la acción del estrés, en su referencia con lo laboral van a estar siempre condicionados “más allá de la máquina”. Su comprensión –en el caso que sea posible– deberá superar incluso las lecturas de superficie que se están haciendo continuamente desde las psicologías sociales o las ergonomías del ajuste psicossocial, muy poco diferentes, a los manejos conductistas del fordismo.

Hace unas décadas, el informe Weinberger (Universidad de Filadelfia, 1983), acuñaba el término de “ciberfobia” y señalaba para el escenario norteamericano que el 30% de trabajadores de oficinas había experimentado alguna vez en su vida profesional síntomas de ansiedad ante los ordenadores. En España dos equipos de psicólogos sociales, uno en Valencia dirigido por Peiró (1988, 1992, 1997) y otro en la Universidad de Vigo, liderado por la profesora Fariña (1990, 1991, 1992, 1993) han desarrollado un marco didáctico y comprensivo de las ansiedades ante los materiales informáticos, correcto y valioso sobre todo en la medida en que señalan nuevas líneas de investigación y de trabajo que estaban sin completar. Nosotros pensamos que aunque a primera vista los resultados se presenten más movedizos, deberíamos articular líneas metodológicas cualitativas con una sistemática tradicio-



nal de corte cuantitativo o distributivo que siendo técnicamente impecable se está agotando en su productividad comprensiva. De verdad, ¿de qué nos sirve la constatación de que las personas con puntuaciones elevadas en la escalas diseñadas por Eysenck (1947, 1965, 1983) en lo que se refiere al índice de neuroticismo, manifiesten con mayor frecuencia e intensidad la ansiedad ante los ordenadores, que otros individuos considerados en principio (según códigos establecidos) como más estables emocionalmente?. Al final, con barba, San Antonio y, sin barba, la Purísima Concepción.

A estas alturas, ningún profesional con una cierta sensatez, negaría que la ansiedad no sea un constructo multidimensional que implica la interacción de varios sistemas de respuestas, de tipo cognitivo, fisiológico y fisicomecánico. Un psicólogo clínico, en último lugar, se podrá conformar con este dimensionamiento trinitario (y por otra parte nada novedoso) de la ansiedad. Un psicólogo social debería saltarse la barrera conductual-cognitiva, que no es más que un limen epitelial de las miradas clínicas posfordistas para ir más allá de las ilusiones del ajuste cognitivo-motivacional y preguntarse por los quebrantos sociales y con ellos los sufrimientos y las corrosiones emocionales, que están, no detrás de toda tecnología o máquina como el ordenador, sino en los dispositivos de manejo y utilización de la máquina en un escenario de asimetrías socioeconómicas y de poder. La resistencia formalizada y manifestada ante la introducción de las selfactinas, era vivida colectivamente y resuelta en algunas ocasiones por medios violentos. Aunque posiblemente la selfactina era sentida como una máquina alejada de la familiaridad funcional de la bergadana, unas adecuadas estrategias de penetración y de habilidad –por otra parte impensable en la época– por parte de los fabricantes, respetando al máximo las condiciones de trabajo existentes, hubiese podido en parte mitigar ese problema e, incluso, agilizar el proceso de automatización y desarrollo de la industria textil catalana. La agresividad del trabajador, su rechazo material y psicológico no daba paso a corrosiones emocionales porque se disolvía y solucionaba con la acción. Por otra parte, ese obrero del

XIX, no podía ni permitirse el lujo de psicomatizar sufrimientos, bastante tenía con sobrevivir. En la actualidad, el único luddismo posible es el de la conversión psicósomática y el desarrollo de angustias y deterioros emocionales que en vez de actuar sobre la máquina, se vuelven contra la salud del trabajador, bajo la forma diagnóstica de ansiedad, depresión, fatiga psicológica, etc. Pero detrás de esta sintomatología no está la máquina, sea una selfactina o un ordenador, sino el escenario movido de las condiciones de trabajo, los miedos e inseguridades ante el mantenimiento del puesto de trabajo o el estatus profesional. **La angustia ante un nuevo operador en la organización empresarial cuyo control se te escapa de las manos.** Las insatisfacciones que puede generar un proceso que la mayoría de las veces se lleva a cabo con una gran opacidad por parte de los responsables de la organización. Y por supuesto por las propias inseguridades personales derivadas de los recursos y habilidades de cada uno.

En este sentido, la investigación psicosocial de diseño estructural o cualitativo mediante “entrevistas en profundidad” y “grupos de discusión” nos podría ayudar a completar y, sobre todo, a interpretar desde la semiótica de la palabra (v.s el dígito o el dato) los resultados de los estudios cuantitativos, trasladando lo individual a lo colectivo y resolviendo el conflicto no desde la personalidad del trabajador que sin duda muchas veces se le culpabiliza de su ansiedad, sino desde la organización y las condiciones de trabajo.

A partir de la investigación estructural que hace ya bastantes años (1987) llevamos a cabo, mediante 20 grupos de discusión en un área especialmente sensible de la Administración española, previo, a su informatización, nos permitiremos señalar lo que podría ser el catón básico para el manejo de la ansiedad ante los ordenadores desde una perspectiva colectiva o genérica de empresa, sin que esto suponga olvidarse que siempre podrán existir situaciones individuales que necesitan de un tratamiento particularizado.

A) Las ansiedades ante el ordenador son el resultado DE INSEGURIDADES.



B) Pero estas inseguridades no son la consecuencia de disfunciones psicológicas del empleado o trabajador. Cuelgan de su propio nivel de maestría en el conocimiento o manejo del ordenador y, sobre todo, de la inseguridad sobre la forma en que este manejo o esta tecnología va a incidir en sus condiciones de trabajo.

C) Por lo tanto, el manejo de cualquier programa de introducción y familiaridad funcional con el ordenador debe combinar DOS OPERACIONES que se deben dar entrelazadas: FORMACIÓN Y TRANSPARENCIA ORGANIZACIONAL

D) El trabajador que se enfrenta en una empresa con programas de implantación informática, debe desde el primer día tener absolutamente claro que dicho proceso no alterará EL ESCENARIO BÁSICO DE SUS CONDICIONES DE TRABAJO.

E) Dentro de esta estrategia, la empresa deberá en la fase de acondicionamiento que puede durar

de uno a tres años, no emborronar el programa de formación con políticas de motivación/disuasión, que tengan que ver con la valorización del desempeño. Al final donde se quiere desarrollar esfuerzo y motivación, lo que se genera es ansiedad y desmotivación.

F) No seamos ingenuos, la tecnología informática, siempre va a estar en condiciones de desarrollar momentos y situaciones de ansiedad e inseguridad probablemente como toda máquina compleja sometida a un proceso rápido de transformación y evolución. Esto no debe preocupar excesivamente. Únicamente deberá ser una llamada de atención para no confundir instrumentos o herramientas con sistemas, estructuras, o habilidades profesionales básicas. Mantengamos y perfeccionemos nuestras habilidades informáticas, pero, sobre todo, nuestro saber hacer profesional, del cual el ordenador no es más que una prótesis herramental, potente y productiva, pero solamente eso.

© R. de Francisco. 2000

